

Diálogos

Ya nadie lo duda: es necesario participar pero participar resistiendo y eso no es sólo posible sino también necesario.

EMILIO ICHIKAWA¹

EMILIO ICHIKAWA NACIÓ EN 1962, SU EDAD EN 1999 ES de 37 años; Rafael Rojas, en 1965, o sea, es tres años más joven que Emilio; e Iván de la Nuez, en 1964, por tanto, es mayor que Rojas y menor que Ichikawa. Los tres son cubanos. Ichikawa reside en Cuba, Rojas en México, y De la Nuez en España. Por sus edades pertenecen a una misma época. Rojas e Ichikawa estudiaron filosofía en la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana, mientras que De la Nuez estudió historia en esa misma facultad. Son amigos, y sus mutuas vivencias los han llevado a compartir o confrontar ideas a través del prisma de personalidades muy diferentes.

La historia, las relaciones socio-económicas o los desbordes de la ideología, nos llegan a través de sus interpretaciones de una manera muy particular. Éstas no sólo parten de la tradición moderna, sino que penetran las deconstrucciones históricas y culturales sin que ninguna de estas posturas acate una ideología que prescriba qué posición se debe asumir para el trato con la cultura.

Quisiera tomar en cuenta, para mis comentarios, tres libros recientes de estos ensayistas: *La balsa perpetua. Soledad y conexiones de la cultura cubana*, de Iván de la Nuez²; *El pensamiento agónico*, de Emilio Ichikawa³ y *El arte de la espera*.

¹ «Excurso segundo: el placer de la filosofía». En: *El pensamiento agónico*. Ed. Ciencias Sociales. Colección Pinos Nuevos. La Habana, 1996, pág. 70.

² Iván de la Nuez. *La balsa perpetua. Soledad y conexiones de la cultura cubana*. Editorial Casiopea. Colección Ceiba. Barcelona, 1998.

³ Obra citada.

Notas al margen de la política cubana, de Rafael Rojas⁴. En mi análisis no me propongo hacer exégesis de estos libros, sino, sobre todo, comentar su status en el panorama actual del pensamiento cultural cubano.

En ellos no se desarrolla una tesis, más bien abordan un conjunto de aspectos del mundo del arte, la cultura y la sociedad cubana destacándose por la forma instruida con la que se acercan a los estados de conciencia de esa cultura, a sus giros y transformaciones, ayudándonos a comprender muchos de los acuciantes problemas que inciden sobre la vida diaria cubana, según los diferentes escenarios donde habita.

Su diversidad temática nos permite apreciar las interacciones culturales de aquellas zonas ocultas a los observadores menos entrenados en los montajes culturales, zonas donde se manifiestan las conductas, los mitos, las tradiciones orales y religiosas. Dicha diversidad se apoya en una amplia gama de operatorias científicas, propias de la filosofía, la sociología o la historia. Sin embargo, la mayoría de estos ensayos no priorizan ninguna en particular, más bien la reflexión apunta a describir procesos socio-culturales que marcaron y marcan el devenir de la nación, de sus posibilidades expresivas y de sus formas de ontologizar las prácticas simbólicas, en medio de diferentes estrategias de modernización.

Tales pretensiones evidencian un interés por acercarse a aquellas tendencias de mayor novedad en el campo de las ciencias sociales. Las crisis que atraviesan estas ciencias, las obliga a experimentar con metodologías más flexibles que se adecuen a las reconversiones sociales contemporáneas. Investigadores como Néstor García Canclini, James Clifford, Edward Said y Jesús Martín Barbero, entre otros, incursionan en aquellas zonas insuficientemente estudiadas por las ciencias sociales; zonas en las que los procesos culturales se simbiotizan, haciendo aparecer las prácticas culturales bajo muy diversas combinaciones.

Las formas etno-estéticas y las ideológicas intercambian sus roles con los del arte y las creencias. Los frentes culturales serán espacios comunes de consumo cultural, para todas las clases y capas sociales. Estas circunstancias, tan presentes hoy en el mundo del arte y la cultura, serán mejor estudiadas en un campo multidisciplinario que facilita el intercambio de diferentes enfoques y metodologías, que en tradicionales marcos científicos. Por ese camino se hace posible privilegiar los nexos de prácticas culturales de diferentes orígenes y con características opuestas, como son las representaciones simbólicas que se producen en la vida urbana, en los sujetos multiculturales y en las identidades descentradas.

Las categorías y conceptos, aparecidos en el lenguaje cultural, desde fines de los años 70, algunos nuevos y otros reinterpretados, calzan esos propósitos y ayudan a subsanar los vacíos de la modernidad en sus enfoques de culturas no hegemónicas. El comportamiento de estas culturas se ha complejizado en el siglo actual. La multiplicidad de situaciones en las que vive, por ejemplo, la cultura popular, espacial y temporalmente, como sucede con su presencia en

⁴ Rafael Rojas. *El arte de la espera. Notas al margen de la política cubana*. Editorial Colibrí, Madrid, 1998.

los espacios de la masificación o con las transformaciones que presenta el folclor urbano en relación con el folclor tradicional, exigen que las investigaciones tengan en cuenta los diversos comportamientos del espacio social, en el que interactúan factores de carácter antropológico con otros de contenido estético o socio-económico. Debe tenerse en cuenta a su vez, que estas transformaciones influyen sobre los sujetos sociales cuyo carácter bicultural genera prácticas simbólicas bifuncionales, es decir, prácticas que expresan ese carácter en sus formas de manifestarse. Comprender esos procesos ha sido el propósito de los Estudios Culturales, los Estudios Subalternos, y los Estudios Post-coloniales, cada uno según sus necesidades.

Hago mención a estas circunstancias científicas porque considero que el diálogo entre Ichikawa, Rojas y De la Nuez, es posible por el desprejuicio con el que apelan a posturas y enfoques de diferentes campos teóricos, reflexionando sobre las condiciones socio-históricas y culturales de la Cuba del presente. Ellos tratan de explicar el carácter antimoderno o postmoderno *avant la lettre* de la sociedad y la cultura cubanas, ambivalencia que les permite introducirse en temáticas aparentemente alejadas de las teorizaciones propias de las ciencias sociales, como sucede con las narraciones que producen los espacios fragmentados que habita la cultura, las dobles metáforas de la política, y las complejidades de los comportamientos de las subjetividades.

De los libros referidos es el de De la Nuez, el más cercano a este tipo de posturas por la fluidez con la que maneja el aparato conceptual desarrollado por los Estudios Culturales Latinoamericanos y por la entrada a las problemáticas de la cultura desde las fracturas de los órdenes canónicos de la modernidad. La resignificación de los valores y las simbologías del arte y la cultura, así como el descentramiento del habitat de la cultura nacional, son también problemáticas propias del discurso cultural contemporáneo, que están presentes en los análisis de este pensador.

La metáfora de Próspero y Calibán, citando la interpretación de Roberto F. Retamar, es un marco alusivo muy utilizado por De la Nuez, para adentrarse en el tema de la situación que ha creado la dependencia cultural y económica en la sociedad latinoamericana. En el libro, De la Nuez señala: «Los personajes de *La Tempestad* se desplazan como emblemas y se convierten en opciones de identidad para el subcontinente. Próspero, Calibán y Ariel, obran como arquetipos del pragmatismo, la rebeldía y la espiritualidad».⁵ Sin embargo, el concepto de identidad al cual el autor quiere acercarse, es algo más que un conjunto de cualidades, identificadas en símbolos y objetos, es un proceso que se inscribe en desencuentros que la transforman y la proyectan hacia espacios y circunstancias muy diversos: «Me sumergí, también en el Malecón de la ciudad, algo distinto al habitual. En él se recuperan todas las costumbres populares de los habaneros. Ese gran portal de La Habana (más conocido como gran postal de La Habana), donde la gente vende y compra, bebe,

⁵ De la Nuez, I. Obra citada, pág. 77.

busca la brisa, se escapa de Cuba, intenta regresar a Cuba...»⁶ La mirada de este pensador nos conduce al interior mismo de la ciudad, ella no es un simple espacio, aproximarse a sus símbolos y a sus imágenes sólo es posible si saltamos las omisiones que resultan de estar siempre en algún bando ideológico.

Este libro, al pretender abordar el comportamiento diverso del cubano, palpa con gran intensidad las ambigüedades del presente con sus sueños y sus pesadillas. Las circunstancias que han creado los dualismos culturales son espacios habitados por la cultura en los que la sensibilidad se expresa de forma insospechada: «... Hombres y mujeres a muy pequeña escala nos inducen a descubrir la vida que persiste después de todo lo ocurrido. Interrogar no los signos de la ciudad, sino lo que estos signos esconden. Con la intuición de que hay por allí, todavía, una vida que encontrar, rescatar y compartir».⁷

De la Nuez ensarta costas y travesías. La Isla es una balsa perpetua, con una historia que traspasa los límites de las descripciones. Es el estado latente de una sensibilidad que avanza por los difíciles vericuetos de su adultez.

La lógica del libro tiene que ser descubierta entre los viajes y el atraque a los puertos. No se describen circunstancias, se narra sobre sus formas de existencia en la cultura, creándose un puente hacia la estética del comportamiento social, una esfera tan poco privilegiada en su estudio y por la que De la Nuez nos conduce hábilmente: «Ya en su vejez, cuando a Fernando Ortiz se le preguntaba sobre su salud: ¿Cómo está, profesor?, respondía sencillamente: Aquí, durando. A fines de los ochenta, cuando a alguien se le hacía, en Cuba, la misma pregunta, respondía sin pensarlo dos veces: Aquí, escapando».⁸

Con relación al libro de Rafael Rojas, hay en él una inclinación más filosófica que en el de De la Nuez, y en este sentido se aproxima al estilo de pensamiento de Ichikawa. Sin embargo, su balance entre la perspectiva cultural e histórica y la referencia filosófica, le otorgan a su pensamiento cualidades muy poco habituales entre los teóricos cubanos.

Sus comentarios transitan del análisis sobre una circunstancia del presente a la incursión en sucesos de la historia. Cada una de sus partes parecen corroborar ese vaivén que la nación dibuja con sus cambios. Un movimiento que pasa del olvido a la memoria, del cuerpo al espíritu. Tanto en Rojas, como en sus colegas, hay una vocación irónica; conocieron de la filosofía las excelencias del espíritu universal y aprendieron en Cuba que nada es tan serio como para que valga la pena que se pierda la risa. Rojas apunta: «Después del último vuelo de la aletheia final, tras el derrumbe de todas las estatuas sólo queda en pie la ingrátida expresión del cuerpo: la música, el sexo y la danza».⁹

Es poco usual encabezar un artículo con referencias kantianas, cuyo asunto sea la intolerancia en Cuba, un síntoma de la convivencia diaria, de la conducta

⁶ *Idem*, págs. 71-72.

⁷ *Idem*, pág. 73.

⁸ *Idem*, pág. 33.

⁹ Rafael Rojas. Obra citada, pág. 134.

y las valoraciones, o que Nicolás Berdiaev y Umberto Eco permitan introducir el tema del status incompleto de la nación cubana, de su situación social y de sus formas culturales. Por este camino, Rojas penetra en los indicios de la modernidad en Cuba, indaga en la moralidad, el derecho y la vida de la sociedad civil, manejando datos y planteando criterios que pueden generar diversas interpretaciones. Pero lo privativo de su postura consiste en tratar de conducir el discurso histórico hacia la tradición crítica, hacia las aperturas deconstructivistas del pensamiento contemporáneo, pincelándolo con la sagacidad de los filósofos para quienes no es el cuerpo el que verdaderamente engaña sino el alma.

La historia de la nación, del intelectual, del estado de la sociedad civil, son los temas que lo obsesionan y conmueven, y la visceral humanidad, que en ellos se oculta, lo que despierta en él más interrogantes. El secreto como política, el control estatal sobre el espacio público, el insilio, son síntomas de la cultura y márgenes de las subjetividades que se ajustan a una realidad que es entendida de una forma, por el que la vive, y de otra, por el que la observa.

Para entender la diversidad étnica y cultural de la sociedad cubana y su multiplicidad temporal, no considera oportunos los enfoques esencialistas sino las interpretaciones que se adentran en esa diversidad y permiten superar «... la carencia de una reflexión colectiva sobre la trama nacional»¹⁰. Tanto Rojas como sus colegas, se proponen leer esos síntomas y explicar las causas y los efectos, que provocan en las prácticas culturales y en las producciones simbólicas, desde las que aflora la nación en sus maneras de ser, sentir y pensar.

Con relación al libro de Ichikawa, éste se acerca más al campo de las ideas, en el que la ontología social posee otra sustancia. ¿Cómo se piensa, quién piensa y en qué circunstancias? Se adentra en los márgenes del discurso latinoamericano del presente, explora los caminos de la nueva teoría cultural latinoamericana para aproximarnos a las formas constitutivas de naciones que deconstruyen desde el interior mismo de sus construcciones, creándose con ello transferencias, apropiaciones y refuncionalizaciones.

Ichikawa logra hacer transitar la crítica cultural por diferentes estadios, desde los análisis de la identidad, hasta los diversos significados de la condición postmoderna. Este aspecto es de significativa importancia en el discurso nacional, porque facilita la comprensión de sus propias particularidades y la medida en la que conviven éstas con otras particularidades concomitantes.

Ichikawa aborda la compleja dialéctica del intercambio cultural indagando en la legitimidad de transferencias y predomios culturales. En su libro señala: «América Latina apenas ha sido una escolta de la modernidad euronorteamericana. En cierto sentido fue condición de su modernidad y hoy un componente de su condición postmoderna».¹¹ «... hoy América Latina parece vivir los males de la modernidad sin conocer suficientemente sus logros...»¹²

¹⁰ *Idem*, pág. 85.

¹¹ Ichikawa, E. Obra citada, pág. 31.

¹² *Idem*.

Depender de la lógica moderna para explicar nuestra propia lógica cultural nos ha situado, históricamente, en los límites de una subjetividad incompleta y dual: podemos ser postmodernos por anticipado, sin haber sido modernos a su tiempo; es decir, vivimos circunstancias modélicas que poseen un doble carácter, y a su vez, hemos tenido que asumirlas en condiciones muy desventajosas. Este pensador recorre estas circunstancias arribando a un aspecto que le interesa especialmente: la autocrítica, así como los beneficios que conlleva su aplicación a las interpretaciones de la cultura.

Aquellas zonas recorridas por Rojas y por De la Nuez, de memorias incomunicadas y silenciadas, civilidad despaciada y cambios de valores, Ichikawa las explicita a través de las incógnitas que se le pueden presentar a cualquier reflexión. Ichikawa se pregunta: «¿Pueden los postulados filosóficos reflejar la quintaesencia de la nación, como lo son el baile, la plástica y la música?»¹³ La filosofía es un recurso que le facilita transitar por sus investigaciones sobre la cubanía, y puede ser, a la vez, un posible marco para expresarla: «No creo que el cubano sea un ser afilosófico, mucho menos antifilosófico. Al contrario, su sensibilidad extrema lo hace propenso al moralismo, vertiente socrática de la filosofía...»¹⁴

Para Ichikawa tratar de acercarse al espíritu de la nación por sus inclinaciones reflexivas es una necesidad que nos adentra en valores que muchos creen ausentes en el cubano. Él comprende que estas temáticas se desenvuelven bajo la incertidumbre de una modernidad que es también muy propia de América Latina, por ello hace énfasis en la idea de que en la historia de toda nación, la autorreflexión y la autocrítica son estadios imprescindibles para alcanzar el despliegue de aquellas zonas que Rojas enfatiza como espacio civil, derecho y moralidad. El paso de la madurez de una nación es el tránsito de su vida cívica a su vida moral. Es la autoconciencia de un bienestar que es el fruto del vuelo de su espiritualidad y el camino hacia esa madurez se desbroza transitando desde la autoconciencia hacia la conciencia, desde las prácticas hacia las objetivaciones.

Pero Cuba, como señala Ichikawa «... es diversa y no posee una identidad resultante... El cubano vive una cultura aún inexpresada teóricamente».¹⁵ Eso quizás sucede así, porque sus manifestaciones vitales son todavía el sello que distingue su personalidad, y los componentes de esas expresiones son el principal vehículo desde el que se manifiestan sus visiones sociales y culturales. Ello no niega el llamado que encontramos en el texto a la filosofía cubana, para que penetre en el proceso formativo de la cultura. Por el contrario, confirma su necesidad. Pero, quizás el camino no sea exactamente ése, sino que se confina a la forma de filosofar, la cual debe situarse más cerca de la crítica cultural, de las zonas concomitantes de la sensibilidad y de sus expresiones, que de teorías universales ya abordadas por el pensamiento moderno.

¹³ *Idem*, pág. 63.

¹⁴ *Idem*.

¹⁵ *Idem*, pág. 67.

Es en este punto en el que se dan la mano estos pensadores y donde el campo interpretativo abierto por los Estudios Culturales adquiere importancia para indagar en la cultura desde cualquiera de sus extremos: en la confluencia de las prácticas culturales, de las imágenes, de la producción simbólica o de la cultura oral. Debe tenerse en cuenta que la vida cotidiana, la cultura de la risa, el imaginario popular, expresan el espíritu de la nación y tienen su propia generalidad, sólo que nos faltan todavía recursos para alcanzar aquella lógica que nos lleve hasta sus construcciones más sistemáticas.

En la cultura cubana, como en cualquier otra cultura de América y del Caribe, se hace necesario formular principios teóricos que permitan reconstruir sus fases históricas y sus vínculos lógicos, ya que no es posible estudiar el presente, sin comprender qué lugar ocupa en él la tradición. Por eso, las citas diversas traídas a colación por De la Nuez, sobre el pensamiento cultural latinoamericano, del pensamiento postcolonial por Rojas, o de la filosofía por Ichikawa, completan un cuadro magnífico de variantes culturales de investigación que tienen por objetivo abrirse hacia posturas no clásicas en la indagación de una historia y una cultura donde la sensibilidad ofrece un amplio marco de referencias.

Tantos contrastes, tanta diversidad y tan variadas diferencias conducen a que la lógica binaria, propia del pensamiento racional, no funcione para comprender sociedades donde las circunstancias obligan a compaginar actitudes aparentemente excluyentes, sin que ello le cause un sisma a la conciencia. Por ejemplo, hace un tiempo una amiga que visitaba la Isla, me hizo este comentario: «— ¡Qué curiosos son los cubanos, lo mismo hacen una fiesta de despedida a quienes se marchan para la Unión Soviética, que a los que lo hacen para Estados Unidos!» Ella no comprendía que para nosotros lo realmente importante es la partida.

Nuestras culturas tienen una peculiaridad esencial, los tiempos que hemos vivido y que vivimos son múltiples desde la lógica de su construcción. A pesar de que esta característica es muy propia de América Latina y del Caribe, la podemos encontrar también, bajo otras formas, en los barrios judíos, chinos o latinos de Nueva York. Son espacios donde predominan las formas de conversión social, de las creencias, los hábitos y las costumbres, porque ellos hablan con más sinceridad y con más precisión del real estado de la cultura.

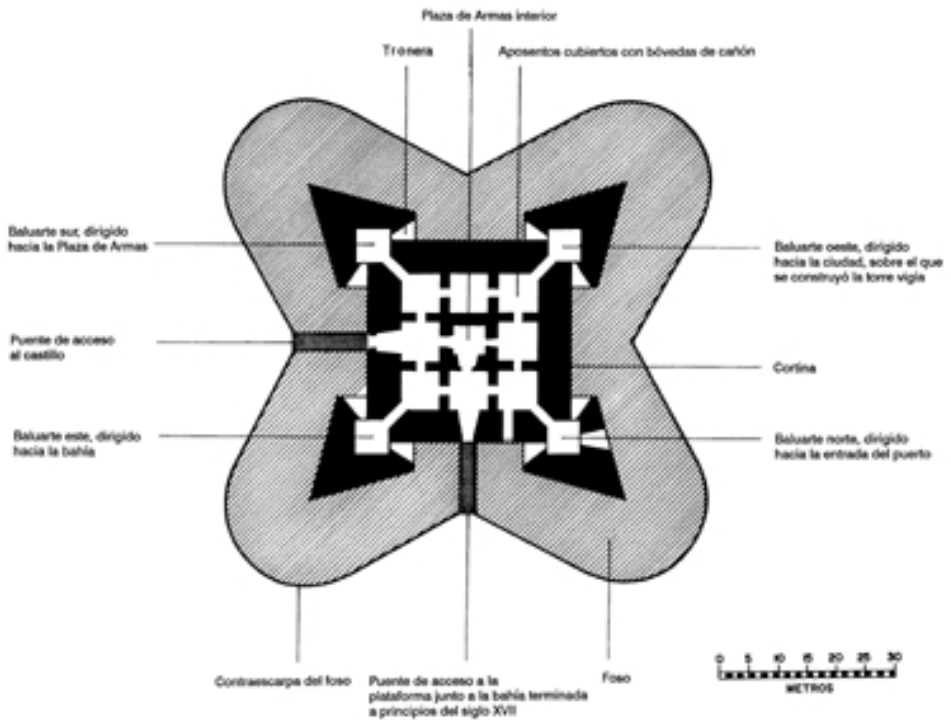
Con el paso del tiempo hemos aprendido que las decisiones políticas, siempre en conformidad con los poderes de la economía, ordenan la sociedad, determinan su comportamiento y modelan su apariencia. Pero, en nuestras sociedades donde la pobreza no ha sido superada y el proyecto de la modernidad moderniza desfigurando, las respuestas sociales a ese proyecto son oblicuas y más sintomática puede ser la cadencia del contoneo de una negra al lado de un europeo, que el último discurso insurgente.

La justa medida sobre el análisis de la historia y la cultura cubanas, es difícil de encontrar en la actualidad, ya que el carácter extremo de muchas interpretaciones bloquea la objetividad y la distancia crítica imprescindibles en la investigación social. Los ocultamientos de información, las zonas vedadas y las

apologías al proceso social, limitan las posibilidades para entender la riqueza, la variedad y las contradicciones por las que atraviesa la cultura cubana del presente.

¿Es posible comprender desde el exilio los avatares que sacuden a la Isla, o será admitida la crítica desde dentro? No puedo responder a estas preguntas con total certeza, pero sí creo que la crítica cultural como la pretendían los pensadores frankfurtianos, se puede encontrar en varios teóricos de dentro y fuera de Cuba.

El desprejuicio con el que meditaba Ortiz, el poder de penetración de Lezama, la inteligencia del vistazo histórico de Moreno Fragnals son paradigmas que animan al más afanado pesimista. Obviamente son personalidades de nuestra cultura que han andado por un solo camino: el de pensar sin las cortapisas de una cultura dividida.



Planta de las bóvedas del Castillo de la Real Fuerza.